

mente transcurre en la luz y en la oscuridad; la vida ordinaria del primitivo es el milagro del simple suceder. El hombre civilizado ha transformado ese suceder en una cadena de acontecimientos que se dan en momentos determinados que él llama días o años.

El suceder de la vida primitiva tiene una base que lo fundamenta: el tiempo original, o sea el instante en el cual *todo* surgió. El primitivo no mide los instantes de su vida porque de alguna forma tiene conciencia de que ese suceder es *espera* del origen; vive para un pasado que es al mismo tiempo futuro. El advenimiento del tiempo original, es decir el final del ciclo vital que es igualmente el principio, se presenta como el núcleo de la concepción primitiva del mundo y la vida. El indígena entiende con toda sencillez que se encuentra sucediendo en la luz (trabajo) y en la oscuridad (descanso), porque es necesario para acceder al tiempo original; con la muerte este hombre deja de suceder en la vida ordinaria para llegar al origen. Los huicholes de Jalisco, casi totalmente aislados del mundo civilizado y en condiciones miserables, viven el día y la noche sabiendo que su realidad ha sido originada por un poder que los trasciende infinitamente. Esa otra realidad, la originaria, está *dentro* del suceder no cotidiano, *dentro* del paisaje maravilloso que los rodea; las manifestaciones concretas de esa realidad trascendente son aquello que los hace subsistir: el venado, el maíz; los huicholes saben también que esa realidad originaria es su destino. Hasta aquí, en términos generales, los huicholes se muestran como todos los hombres primitivos. Pero más allá de la tierra que habitan, en una imponente llanura solitaria, crece un pequeño cacto y los huicholes saben que dentro de ese ser vegetal late la otra realidad. Don de los dioses para los huicholes, droga terrible y diabólica para el hombre civilizado, el sagrado peyote contiene el tiempo original, y al comerlo los indios desaparecen de su vida para sumergirse en un delirio que los conduce al conocimiento del poder infinito de donde provienen: el Divino Luminoso. Así, los huicholes logran la revelación: las cosas ya no son simples manifestaciones del origen sino que participan directamente de la divinidad cambiando en forma continua; el hombre deja de ser un animal que trabaja para sacralizarse en la visión del origen.

En el libro de Benítez presenciamos los pasos y la culminación de esta experiencia mística. Pero el autor no se limita a narrar la peregrinación, sino que pasando al ensayo conecta este hecho con el movimiento social de Norteamérica que rechaza el sistema contemporáneo para buscar otra realidad: la dimensión mágica y religiosa que ofrecen las sustancias alucinógenas. El material informativo que maneja Benítez al abordar este problema —Timothy Leary,

Sidney Cohen, Jean Cau— en menos de dos años ha dejado de tener vigencia y quizá por ello sus conclusiones son demasiado rígidas. Sin llegar a la condena, Benítez, a partir de las declaraciones de Leary a *Play boy* y de un funesto texto de Jean Cau, afirma que el uso de las drogas alucinógenas por parte de los jóvenes de Norteamérica y Europa responde a un impulso sexual desenfrenado unido a una incompreensión de la realidad. Para Benítez los jóvenes al presenciar el derrumbe de los conceptos morales y sociales que sostienen el sistema se lanzan con los ojos cerrados y con grandes deseos sexuales al uso de la droga; en este sentido la actitud hippie es decadente. Esto es cierto pero sólo en parte; lo que Benítez contempla a través de sus informaciones es la etapa de aprendizaje en el uso de las sustancias alucinógenas: todos se sienten capacitados para opinar, los jóvenes sin comprender cabalmente lo que significa la actitud se sumergen en el exotismo, los iniciadores se sienten dioses. Benítez termina este capítulo reprochando a todos el no volver los ojos a las experiencias alucinantes del hombre primitivo. Pero actualmente, por lo menos una parte del movimiento ha huido de las ciudades para lograr esas experiencias; el rechazo del sistema cada vez es más radical y la actitud más religiosa. Los caminos para llegar a las experiencias visionarias que proporcionan las sustancias alucinógenas, obviamente tienen que ser totalmente distintos en dos sociedades separadas cultural y geográficamente en forma extrema, pero en el fondo el anhelo es el mismo: la visión del origen. El retorno a la sociedad primitiva por parte de los jóvenes del movimiento que han abandonado las ciudades, puede verse desde el punto de vista de la sociedad

contemporánea como una locura, pero desde la concepción primitiva no es más que un deseo de purificación para poder llegar a la unión con la realidad originaria; estos jóvenes escapan del tiempo medido para introducirse primero en el simple suceder y después en el tiempo original.

En la *tierra mágica del peyote* enseña cómo toda una forma de vida religiosa se ha construido a partir del cacto sagrado. La mezcalina, principio activo del peyote, posee una gama especial de propiedades alucinógenas. En México la exploración sería de la mezcalina así como de las demás sustancias de este tipo la han realizado siempre investigadores extranjeros; la única excepción la constituye Benítez, a él debemos el libro *Los hongos alucinantes*. Con el presente libro el autor continúa proporcionando grandes aportaciones al estudio de las drogas alucinógenas; ha reunido varias experiencias visionarias de los huicholes y relata también su propia experiencia. Mientras que las visiones de los huicholes se mueven en un nivel mágico donde aparecen imágenes de colores simbolizando los distintos poderes del universo, en la experiencia de Benítez encontramos la disolución en pedazos del hombre contemporáneo. Es un texto imponente y bello Benítez narra su inmersión como hombre civilizado en la dimensión de lo sagrado. Este testimonio por la situación en la cual se da la experiencia y por la manera como está escrito significa el choque de actitudes y la revelación literaria del origen. Y el libro en su conjunto también presenta este carácter revelador y desconcierta e impresiona.

Fernando Benítez, *En la tierra mágica del peyote*, Ediciones Era, México, 1967, 285 pp.

la importancia del espacio y su simbolismo

Por María Arriaga

Los gatos en el presente libro no son solamente un pretexto poético o una evocación cultural que abarca toda la mitología de su significación, son algo más que tiñe todo el relato de una ambigüedad precisa y característica dentro de los elementos básicos y concretos de toda narrativa: tiempo, espacio y realidad. De su presencia se parte con una actitud que es intrínseca a la técnica narrativa de los cuentos y que, a partir de la gran novela de principios de siglo, escinde la realidad para darnos la conciencia de que el arte no es, como en la novela tradicional, la presentación de la realidad sino precisamente su represen-

tación. Obliga así el escritor a los lectores a adentrarse en la abstracción y la dislocación del relato y a reconocer que "su" literatura es precisamente alteración de nuestra forma normal de ver la realidad. Su visión no es la habitual y su libertad desarticula los elementos objetivos trascendiéndolos a símbolos. Son los gatos los que establecen la relación entre la realidad concreta cotidiana de que se parte y la realidad interna que ya no solamente está o es, sino que esencialmente significa. Este es el momento, generalmente el de la concepción misma, en que la narración se convierte en una alegoría

El gato es doméstico, cotidiano, familiar a nosotros y, sin embargo, lo rodea el signo de una intimidad excepcional e inexplicable. El hombre lo ha desproporcionado por la posibilidad de representación que le confiere y porque ha sabido vencer el tiempo renovándose y renovándolo con sus nuevas imágenes simbólicas. Desde el primer relato y, gracias a su presencia dual, los personajes se sitúan en la dialéctica constante del hombre americano, entre lo racional y lo fetichista. En su existir cotidiano se sabe extraño a la aparente lógica que lo circunda, a la pretensión de orden. No obstante, no rebasa los límites de la objetividad y descubre que dentro de la materia común de la vida existe algo incomprensible para vivirla. Es por ello que la existencia trivial se vuelve enigmática y se sumerge en la vivencia de varias capas dentro de la misma realidad, "en el juego manejado infaliblemente por un jugador diabólico".

Julietta Campos no solamente otorga simbolismo a los gatos, que serían el símbolo fijado de antemano, sino a cada reducto del espacio que envuelve a sus personajes.

La casa, en todos los relatos, es un ámbito que une y que separa, que margina la realidad, al ser, y que le otorga en su soledad el descubrimiento y la incógnita de su propia identidad. Su contexto físico, impregnado de lo conocido y lo monótono, es sin embargo extraño al hombre individual. Al ser el espacio básico en el que el hombre vive, traza en cada uno de sus rincones una desproporción entre su estrechez y nuestra posibilidad. Establece entre los seres humanos una relación, pero es un ámbito cerrado para la comunicación. Por la carencia de ella, todos los objetos espaciales la van a suplir logrando entre ellos y las conciencias subjetivas una simultaneidad espiritual. El tiempo, para reforzar la función definida del espacio, es ambiguo, se convierte en espacio y se reduce a una dimensión guardada interiormente. Si el espacio, al mimetizarse con los personajes es dinámico y destructivo, el tiempo es estático, constructivo gracias al recuerdo y a la intuición. Nos refleja la falta de sincronía entre los seres y su realidad y transmite a los personajes un anacronismo vital que, por serlo, es, en este sentido, romántico. Su sensación de vacío equivale a la proyección temporal y a la verdadera falta de ubicación espacial. Así, los seres y las ciudades ausentes cobran una significación, una certidumbre inconsciente que los convierte en recuerdos y en vivencias irracionales. El conflicto planteado entre el hombre y su ambiente es en cierta forma similar al que expresa la novela tradicional: el alma considerada como lo opuesto a la realidad física. Sin embargo, la lucha entre el yo y el no yo rebasa, por la forma misma del relato, la psicología, y se resuelve en una sinestesia espiritual de memoria, deseo, sentimiento y romántico sensualismo. Por eso el mundo de la realidad no solamente es

inoperante desde dentro y hacia fuera, sino que constituye un laberinto de seres, objetos y ambientes y así el lenguaje constituye más un enigma que una solución. Es por eso también que el espacio cotidiano se transforma en un campo de aventura, la de la adivinación y la significación íntimas. Es el mundo el que se rehuye a cada paso por cada uno de los personajes quienes, en esencia no viven en él, sino de él. El espejo, elemento básico de la realidad espacial, reproduce sensaciones de imágenes, mas no imágenes, proyecta pero no ubica, establece el juego del reconocimiento, pero más definitivamente, el del laberinto. Si el espejo no identifica, no refleja, es porque a él se asoman espíritus y no seres reales. La identidad permanece siempre oculta, inasible para los demás y para uno mismo en este mundo de presencias quietas y etéreas, en el que los objetos soñados, evocados o recordados, se sumergen en el tiempo, lo reemplazan, lo anticipan o lo proyectan en diversos niveles, desde la infancia hasta la imaginación actual.

El mar es una necesidad de trascendencia, es una liga íntima a la posibilidad de rebasar lo cotidiano a través del recuerdo, de la necesidad anímica que otorga a los personajes perdidos en su espacio, la posibilidad de crear otro lejano pero cierto: "pensar que eso que imagino es lo que está ocurriendo". Todo lo que no existe o no es o está en el pasado y en la ausencia, es lo que realmente adquiere vigencia espiritual. Al igual que el mar, cada objeto guarda una respuesta al mundo, lo precisa, lo empujea y permanece en un estatismo que sólo se rompe a través del silencio, del sueño y de la contención del personaje que lo significa. Por eso se crea una continuidad heterogénea entre las personas, los objetos y el tiempo que no transcurre sino retrocede por la alegoría moderna de este mundo que guarda en su realidad literaria el signo de su vigencia artística y el de su destrucción vital.

Julietta Campos, *Celina o los gatos*. Siglo XXI Editores, México, 1968.



EDITORIAL JOAQUÍN MORTIZ NUEVA NARRATIVA HISPANICA

José Agustín
INVENTANDO QUE SUEÑO
176 págs.

\$ 20.00

Enrique Lafourcade
FRECUENCIA MODULADA
336 págs.

\$ 32.00

Sergio Fernández
LOS PECES
176 págs.

\$ 24.00

EN TODAS LAS LIBRERIAS O EN
AVANDARO, S. A., AYUNTAMIENTO 162-B
TEL.: 13-17-14